Fragmento oficial

LA ELEFANTA EN LA FURGONETA

BERND BEST

globaltalents.net

© 2026 Bernd Best

Todos los derechos reservados.

Primera edición 2026 · Traducido del alemán

Editorial: globaltalents independent publishing

Globaltalents LLC · globaltalents.net

447 Broadway, 2nd Floor, Suite 703

New York, NY 10013, USA

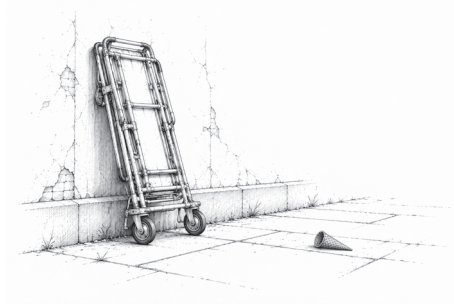
hello@globaltalents.net

Ilustraciones: Gela Kubicki

Edición: Hansgeorg Schluck

Esta es una obra de ficción. Los personajes y la trama son creación del autor; la sustancia central de la novela también es ficticia.

Producción bajo demanda a través de: Bookvault



PARTE UNO
EL AGARRE

El Leberkäse se va a estropear.

IRINA

CAPÍTULO 1
DOMINGO, 11:23



La madre con sobrepeso jadeaba. Era domingo, las 11:23, y arrastraba sus 179 kilos por los ochenta metros que separaban el centro comercial de su bloque de pisos. Ya llevaba un buen rato.

Fuera era invierno. De los árboles desnudos del patio aún colgaba el hielo de la noche, y donde no llegaba el sol seguía prendido como cristal. Aun así, había comido helado, del de verdad, en cucurucho.

Dos bolas. Stracciatella y el sabor nuevo de caramelo tostado. La segunda no se la había cobrado la chica del mostrador, porque Irina se había quejado del precio hasta que la chica prefirió regalársela a oír una frase más. Con nata. Un helado sin nata no era un helado para ella, sino una ofensa. En su cabeza ya iba por delante, por el trozo de Leberkäse que quedaba en la nevera y que se comería frío, con la mano, y por el cartón de vino abierto a su lado, que al llegar la noche estaría vacío, como todos los cartones al llegar la noche.

Para desayunar se había bebido lo que quedaba del cartón de ayer, dos vasos, quizá tres, lo suficiente para que los ochenta

metros parecieran una buena idea. Estaba borracha de una forma que ya nadie le notaba, porque siempre lo estaba: lenta, amable, con una cara que a cada paso llegaba un poco después. Encima llevaba el pelo teñido en la cocina, de un rojo zanahoria que no existe en la naturaleza, y desde hacía semanas tenía en la raíz una franja más clara que el resto.

No vio la furgoneta blanca. Era un regalo de su hija. No directamente, pero los tres hombres con mascarilla que iban dentro, el hombre al volante, el médico con sus dos cifras, la enfermera y la camilla bariátrica, todo el equipo había sido contratado por Zhenia para ayudar a mamá a adelgazar. Con los cinturones abrochados, preparados para recoger a Irina y sumirla en un sueño profundo, bajo sedación, que duraría meses.

Irina debía despertar convertida en una mezcla de corza flaca, Iron Woman y la última supermodelo de finales de los ochenta. Ese era el plan, al menos.

No habría sabido decir qué sintió en aquel momento. Solo le quedó un detalle: al principio pensó que había tropezado. El suelo se le venía encima y le dio rabia, porque con su peso levantarse era un proyecto, un acontecimiento con espectadores.

Entonces llegaron las manos. Sin brusquedad, eso era lo inquietante. La agarraban como unos mozos de mudanzas agarran un piano caro, con cuidado, había una factura en juego. Cuatro agarres, a izquierda y derecha, bajo las axilas, bajo las rodillas, y el mundo se inclinó hasta quedar horizontal. El cielo que tenía encima era del gris plano y lechoso de un domingo de invierno en el que nadie descorre las cortinas.

Desde la parada del autobús, dos mujeres vieron lo que se puede ver un domingo a esa hora en esa calle: una furgoneta blanca, una camilla, hombres con mascarillas y guantes, una mujer gorda que se ha desplomado de camino a casa. Vieron una urgencia. Una le dijo a la otra que aquella llevaba tiempo sin andar bien.

Quiso gritar. Lo que le salió fue un gemido indignado, el sonido de alguien a quien se le han colado en la caja. Una de las figuras dijo algo, con calma, casi con educación, pero en una lengua que no era la suya y que nunca había aprendido. Irina no entendió una palabra, y eso lo empeoró. No se puede pedir nada en una lengua que no se habla. Luego sintió el beso frío de la cánula en el pliegue del codo y la indignación se disolvió como azúcar en agua caliente.

El último pensamiento claro fue absurdo, y mientras lo pensaba aún sabía que era absurdo. Pensó: El Leberkäse se va a estropear.

QUIÉN IBA EN LA FURGONETA

Al volante iba un hombre al que en la casa todos llamaban el de seguridad, y no era por no saber qué decir, era la descripción más precisa que él permitía. Conducía como si la furgoneta estuviera vacía.

Detrás, entre la camilla y el paso de rueda, iba sentado el médico, mirando dos cifras en un pequeño aparato, saturación y pulso, como si fueran las dos últimas cifras del mundo. Sus manos eran las que mantenían con vida a aquella mujer, y todos los que iban en la furgoneta lo sabían.

A su lado, la enfermera, que sujetaba la cabeza de la mujer sin que nadie se lo hubiera pedido. Antes de que la furgoneta arrancara le limpió con el pulgar un resto de nata de la comisura de la boca. El médico lo vio y no dijo nada. No figuraba en ningún protocolo.

Los tres hombres con mascarilla sentados en el banco eran intercambiables y también lo sabían. Músculos, silencio, guantes. Las mascarillas eran las de farmacia, azules, con gomas, desde aquella primavera nadie se fija ya en tres hombres que las llevan. Uno rezaba en voz baja, pero nadie sabía a quién.

EL TRAYECTO

Según el mapa, del bloque de pisos al bosque había tres horas y veinte minutos. Fueron cuatro, porque el de seguridad paró dos veces en áreas de descanso sin que nadie se bajara. Una furgoneta blanca que en algún sitio va demasiado despacio llama menos la atención que una que lleva horas sin parar.

Dentro olía a desinfectante y a café frío, y cuanto más duraba el viaje, más olía también a Irina, al olor dulzón de un cuerpo sin lavar que llevaba años cargando más de lo que debía, y al vino de aquella mañana, que le salía por los poros. El médico lo había olido antes de que subieran la camilla y había cambiado una cifra en sus cálculos para los tres primeros días. Nadie dijo nada al respecto. La calefacción estaba en el dos. La enfermera le había echado encima la manta térmica, con la cara dorada hacia dentro, y durante un buen rato el leve crujido del material en cada bache fue el ruido más fuerte de la furgoneta.

En el kilómetro ciento doce, Irina dejó de respirar.

No mucho tiempo. Once segundos, luego volvió el aire, con un ruido como de puerta que da un portazo con el viento. El médico miró la cifra y después el reloj, después otra vez la cifra. Se lo esperaba. Constaba en el historial, constaba en el historial de los dos países, y nadie había hecho nunca nada: aquella mujer dejaba de respirar varias veces cada noche, desde hacía años, y aun así se despertaba cada mañana. Ese era el motivo médico de todo lo que vino después, y era un buen motivo. Eso tenía de cómodo.

Lo hizo otras cuatro veces durante el trayecto. El médico apuntó los segundos cada vez.

Fuera, la ciudad dio paso a los campos, los campos a las colinas, las colinas a un bosque cada vez más espeso y oscuro, hasta que las copas se cerraron sobre la carretera como manos sobre una vela. La temperatura bajó de cero y el bosque parecía dete-

nido por alguien que se había olvidado de volver a ponerlo en marcha.

LO QUE ESPERABA A IRINA

Nadie la echaría de menos. Ese era el cálculo, y salía.

No la esperaba ninguna mascota. Los animales duraban poco cerca de Irina. Una mañana había dejado salir por la puerta a la gata de su hija y no había vuelto a verla, y ni siquiera la había buscado en serio. Al hámster de la niña lo había aspirado al pasar la aspiradora. Estaba fuera de la jaula y ella tenía demasiada pereza para apagarla.

Lo que la esperaba eran habladurías. Una vecina, que aparentaba la mitad de años y tenía el doble, se extrañaría al cabo de tres días de que la gorda de enfrente ya no fuera contoneándose al centro comercial. Al cabo de una semana, otra diría que seguro que estaba otra vez en el otro país, con su madre, la de la demencia, por lo del piso, ya se sabe. Al cabo de dos semanas nadie preguntaría.

No la esperaba ningún trabajo. Desde la primavera cobraba una pensión, concedida tras veinte años de certificados médicos. Daba para el piso y para el vino, pero no para las dos cosas. Lo que faltaba lo sacaba haciendo punto, que se le daba bien, por dinero en efectivo y sin declararlo, a precios que cubrían la lana y una mínima parte de las horas. El resto lo cubría la hija, que cada pocas semanas recibía a las dos de la madrugada un mensaje con una cifra.

La hija no preguntaría. A esa hora, la hija estaba sentada a una mesa de cocina en otro país, donde llevaba sentada una semana, y sabía hasta en qué kilómetro estaba su madre.

El hombre que recogía botellas sería quien más tiempo seguiría mirando. Era su último colega, seis años recogiendo botellas junto a los bancos y en verano en el lago, él con las cajas, ella con buen ojo, y el único que le había dado algo sin

pasarle después una factura: el dinero de las botellas, todo, en monedas, cada vez, y el grifo que ya no goteaba, y la puerta que volvía a cerrar. Aquel domingo había estado junto al contenedor del patio, con vistas a los ochenta metros a través del acceso, y había visto la furgoneta blanca y la camilla y los cuatro agarres, y en veinte años había visto tres ambulancias en aquel patio y sabía que los de las ambulancias agarran de otra manera. Pero un hombre que recoge botellas no presenta una denuncia. Nadie le pregunta, ese es su oficio.